

INFILTRADOS

Víctor Meza

“Infiltrados: crónica de la corrupción en la PNC (1992 – 2013)” es el título de un excelente libro publicado este año en El Salvador, en el que se describe y analiza, con gran rigor intelectual y académico, el proceso de descomposición interna que ha vivido la Policía Nacional Civil del vecino país, la forma en que ha sido infiltrada por el crimen organizado, especialmente por las redes del narcotráfico, y su manipulación por parte de las antiguas elites militares y policiales que reinaban en el sector de la seguridad pública hasta el año 1992, cuando se firmaron los Acuerdos de paz que permitieron la creación de la que estaba llamada a ser una “nueva” Policía.

El autor del libro, Héctor Silva Ávalos, periodista y diplomático, conduce a sus lectores a través del difícil proceso de disolución de las antiguas estructuras de los cuerpos de seguridad del Estado oligárquico, el surgimiento de la Policía Nacional Civil y los denodados esfuerzos de la clase política conservadora por penetrar las nuevas estructuras, colocar a sus peones en posiciones clave y desnaturalizar la misión de la nueva institución policial. Mediante maniobras burocráticas de última hora, los militares lograron introducir sus agentes (25 oficiales pasados apresuradamente a condición de retiro) en las filas de la PNH, contaminando así, desde sus mismos orígenes, las novedosas estructuras de seguridad de la postguerra. La semilla de la corrupción y los abusos del poder estaba sembrada desde el mismo inicio y sólo era cuestión de esperar a que diera sus perniciosos frutos.

Los agentes infiltrados, ubicados en estratégicas posiciones de dirección en los diferentes niveles de la organización policial, se encargaron de reproducir los vicios de la vieja policía al interior de la nueva organización. Construyeron las bases para conformar un sistema de corrupción que muy pronto extendió sus redes de influencia entre algunos de los jóvenes integrantes de la naciente PNH. Ese sistema de corrupción y opacidad en el manejo interno de la policía ha facilitado, cuando no promovido, la connivencia del crimen organizado con algunos de los principales jefes de los cuerpos de seguridad.

En la medida que avanzaba en la lectura del libro, me invadía la sensación de que estaba leyendo una historia ya conocida o, al menos, muy parecida a la evolución azarosa y laberíntica que han tenido nuestros propios cuerpos de seguridad, especialmente la policía. Cuando se produjo el traslado de la fuerza policial a manos de las autoridades civiles, liberándola de la matriz castrense en la que había permanecido durante 35 años, la sociedad hondureña perdió la gran oportunidad de crear una nueva policía. Nos limitamos a traspasar la vieja institución a los nuevos moldes institucionales del recién creado Ministerio de Seguridad. Creamos una nueva estructura institucional - el Ministerio – pero la dotamos de un viejo instrumento, la antigua policía. Con el tiempo, el viejo instrumento terminó avasallando a la nueva institución y subordinándola a sus intereses, vicios y defectos. La nueva institucionalidad, como sistema, sucumbió ante el viejo instrumento, como método. El viejo método acabó subordinando a sus malos hábitos al nuevo sistema. El Ministerio de Seguridad terminó siendo un Ministerio de Policía.

La experiencia salvadoreña narrada en este valioso libro es muy útil para entender los procesos de descomposición interna de las fuerzas policiales. Debe servirnos como punto de partida para una reflexión comparativa que nos permita conocer las lecciones aprendidas, estudiar los éxitos y los fracasos de las fuerzas de seguridad, en particular de la policía, en el país vecino. Después de todo, los desafíos que enfrentamos ambos países en materia de seguridad son bastante parecidos y, en algunos casos, casi idénticos. Siempre he creído que en problemas tales como el fenómeno de las pandillas y su evolución delictiva, deberíamos vernos en el espejo salvadoreño, de la misma forma que en materia de narcotráfico y desarrollo del crimen organizado, el espejo recomendado es Guatemala. Y así, en este salón de espejos siniestros, podemos aprender muchas cosas y evitarnos muchos males, previendo de antemano su evolución y desarrollo.